

# EL FUTURO DEL ESPAÑOL

Humberto López Morales

---

**A**unque son varios los factores que hacen hoy del español la segunda lengua de comunicación internacional, deben subrayarse, por sobre todos los demás (debido a sus condiciones demolingüísticas), su peso demográfico y su relativa homogeneidad.

## El español en el mundo actual

### El peso demográfico

El español es hoy lo que es por la cantidad de hablantes de los que dispone, por la relativa homogeneidad lingüística de la que goza, por el indiscutible protagonismo que ostenta en cientos de universidades, bibliotecas, archivos, en docenas de periódicos de difusión internacional, en poderosas cadenas radiofónicas y de televisión: a todo ello se une hoy un tránsito asiduo que empieza a congestionarse en las vías informáticas.

En efecto, se trata de una lengua hablada por muchas gentes en diversos países del mundo. Este hecho, sin embargo, no tendría demasiada importancia si todos estos hablantes —ya bastante más de 400 millones— pertenecieran a una misma entidad política nacional, pero estamos ante una amplia dispersión que abarca 18 países que la tienen como lengua oficial única —aunque en algunos casos, como el de México, este hecho no tenga constatación en el texto de sus constituciones—, más otros 3, en los que es lengua cooficial.

Aunque nuestra lengua compite con otras en sus propios dominios (lenguas indígenas autóctonas, lenguas regionales), la hablan —según datos de la *Enciclopedia Encarta* (Microsoft, 2001)— entre el 100 y el 98 % en El Salvador (100 % de 6.237.662), Argentina (99,7 % de 37.384.816), España (99,1 % de 40.037.995), Colombia (99 % de 40.349.388), Uruguay (98,4 % de 3.360.105), Méxi-

co (98,2 % de 101.879.170), Honduras (98,2 % de 6.406.052), Cuba (98 % de 11.184.023) y la República Dominicana (98 % de 8.581.477); entre el 97 y el 90 % en Costa Rica (97,5 % de 3.773.000), Venezuela (96,9 % de 23.916.810), Ecuador (93 % de 13.183.978) y Chile (90 % de 15.328.467); entre el 89 y el 80 % en Bolivia (87,7 % de 8.300.463), Nicaragua (87,4 % de 4.918.393) y Perú (85,1 % de 27.483.864). Países excepcionales en este sentido son Panamá (77,4 % de 2.845.647) y Guatemala (64,7 % de 12.974.361). A estas cifras se hace necesario añadir las de Paraguay, en donde el español convive con el guaraní —y con el «guarañol»— (55,1 % de 5.734.139), las de Puerto Rico, donde el contacto es con el inglés (98,2 % de 3.766.000), y las de Guinea Ecuatorial, donde es la lengua más usada (90 % de 406.200) por sobre otras como el francés, también oficial, y el criollo portugués, el pidgin guineano y varias lenguas africanas, como el fang, el bubu y el benga.

Oficialmente, Perú debería estar en este grupo de naciones en las que el español convive con otra lengua, porque la ley de 1975, que elevó el quechua a esta categoría, no ha sido modificada, pero en realidad, como he explicado en otro lugar (López Morales, 2005), este texto oficial sigue siendo letra muerta.

Claro que estos datos no son capaces de ofrecernos un panorama completo de la cuestión. Faltan los núcleos de inmigrantes a otros países donde nuestra lengua carece de reconocimiento oficial: los Estados Unidos (unos 32.300.000), hoy el quinto país del mundo hispánico por el

número de sus hablantes, y ya, con cifras inferiores al millón, Francia, las islas ABC (Aruba, Bonaire y Curaçao), Canadá, Alemania, Suiza, Australia, Belice, Suecia, Bélgica, Israel, Andorra, Turquía, las Islas Vírgenes, Luxemburgo y Marruecos. Añádanse las islas Filipinas (1.816.389), Gibraltar (10.061) y Guam (783), donde la lengua fue llevada desde antiguo y posee cierto grado de conservación.

Mientras que estos datos pueden manejarse con (relativa) seguridad, no ocurre lo mismo con los hablantes de español como lengua extranjera. Hay cifras indicadoras, algunas muy aplastantes, de la realidad actual, pero el número de individuos que lo estudian en estos momentos —de manera regida por la escuela o por otras vías— se nos escapa del todo. Son buenos indicios, sin embargo, el hecho de que el 60 % de los estudiantes universitarios de los Estados Unidos que aprenden lenguas extranjeras seleccionen el español, y que el Instituto Cervantes haya llegado a alcanzar, en 2004, las 100.000 matrículas en sus centros de todo el mundo.

### Una lengua (relativamente) homogénea

No debe causar sorpresa que una lengua como la nuestra, tan extendida por muy diferentes partes del mundo y con tal cantidad de hablantes, presente divergencias entre sus múltiples variedades regionales. Una rápida mirada a la historia y a la geografía nos explica sobradamente el porqué de esta situación.

Cuando todavía en la Península los esfuerzos de unificación y normalización del español —hechos desde el *scriptorium* alfonsí— no llegaban a contar doscientos años, la expansión atlántica abría un nuevo escenario de gran complejidad: innumerables pueblos autóctonos alojados en unas tierras surcadas por ríos desmesurados, tachonadas de cadenas montañosas insuperables y de selvas agrestes y amenazantes que hacían difícil la comunicación entre las comunidades fundadas (utilizo «difícil» porque los conquistadores no parecían conocer la palabra «imposible»; dígalo si no la maravilla del Cuzco); estas circunstancias adversas, que cambiaron poco durante los primeros siglos de colonización, pudieron haber incidido de manera notable en la situación lingüística.

La larga historia del español americano, de más de quinientos años, arroja muy pocos triunfos tempranos, pues,

cuando estaba a punto de agotarse el siglo XVIII, solo contábamos con 3 millones de hispanohablantes —apenas una tercera parte de la población—; es decir, que tras casi tres siglos de colonización los procesos de castellanización habían dado frutos muy exiguos, sobre todo si reparamos en que esta cifra incluye a españoles y a criollos. La política lingüística de la Corona, sometida al poder del Papado, que apostaba por la evangelización y la catequesis en lenguas indígenas, fue la razón más importante que motivó esta precaria situación, como he historiado con algún detalle en otro lugar (Lopez Morales, 2005). Muy ciertas resultan las palabras de Ángel López (1995) al definir la situación de esos primeros siglos como «colonialismo preindustrial de escasa incidencia idiomática».

El impulso formidable del español en aquellas tierras es obra del siglo XIX y, sobre todo, del XX, épocas muy recientes como se ve. Primero, porque los fundadores de las nuevas repúblicas decidieron que fuera el español la única lengua en los antiguos territorios del Imperio español en América «que podía satisfacer las ilusiones de igualdad, democracia y educación popular», y, al tiempo, recibir un cierto «respeto internacional», como con acierto ha recordado Juan Ramón Lodares (2005). Segundo, porque las cuantiosas migraciones de españoles a estas tierras a fines del siglo XIX y durante la primera mitad del XX ayudaron —y no poco— a incrementar el número de hablantes y a reforzar el idioma.

Una lengua con estas condiciones podría haberse enfrentado con problemas de dialectalización, muy agravados, si sus diversas variedades (la chilena, la colombiana, la dominicana, la mexicana, la del centro y norte peninsular, etc.) hubiesen impedido la buena inteligencia de los mensajes a aquellos que no compartieran la variedad manejada en ese momento. En realidad, no hay que albergar tales temores, puesto que estamos ante una lengua «relativamente» homogénea, circunstancia esta que no ha frenado su expansión más allá de sus fronteras naturales.

Es verdad que entre hablantes de todo el mundo hispanico y, en general, entre los que manejan un español aprendido, la comunicación suele ser muy transparente, sobre todo si pertenecen a niveles altos y medio-altos del espectro sociocultural. No ocurre exactamente lo mismo, sin embargo, cuando es otro el estatus social de los

hablantes. Hoy, las investigaciones sociolingüísticas dejan muy claro la constante relación asociativa existente entre niveles medios y bajos y una creciente presencia de peculiaridades lingüísticas, y no solo léxicas. Una riquísima bibliografía dialectal nos da continuados ejemplos de ello.

Mientras que estructuras oracionales del tipo «Yo vivo en Caracas» o «Todavía no hay teatros suficientes para esos artistas llevar su público», se oyen rara vez en alguna variedad hispanoamericana (en este caso, venezolana y puertorriqueña, respectivamente) el vocabulario ofrece conjuntos de equivalencias bastante más amplios: «camión», «micro», «colectivo», «guagua», «bus», «ómnibus», «autobús» o «banqueta», «bordillo», «vereda», «senda», «andén», «acera» y un largo etcétera.

Pero en estos casos, que no dejan de ser numerosos, una importante mayoría de los hablantes «entienden» el término neutralizador —«autobús» y «acera», respectivamente—, aunque al hablar en su estilo espontáneo no suelen usarlos. En estas ocasiones se habla de «nómina pasiva», a la que pertenecen las palabras que, aunque no se actualicen en la comunicación habitual, son en cambio descodificadas con facilidad. Es verdad que se trata de procesos de selección que necesitan de una competencia idiomática que vaya más allá del simple saber dialectal propio. Si este no es el caso, como suele suceder con hablantes de bajo nivel educativo, no hay reemplazo posible y la comunicación se enfrenta con tropiezos.

En otras ocasiones, al sujeto que escucha términos desconocidos para él —los que pertenecen a ciertas normas dialectales en exclusiva— le queda aún el recurso de poder hacer inducciones textuales si, por supuesto, el discurso o el texto en cuestión ofrecen las correspondientes claves semánticas que lo permitan.

Lo que decía arriba sobre los términos «autobús» o «acera» no está basado, por supuesto, en lo que se dice «en España». Me explico. Ni «autobús» ni «acera» tienen la virtud de neutralizar las numerosas variantes dialectales (que pertenecen a distintos dialectos geográficos —a veces, sociales— del español) porque sean habituales en las variedades españolas, sobre todo, en las más prestigiosas. La contrastividad necesaria para llegar a estas conclusiones se hace en estos casos con el llamado «español gene-

ral», el que «usa» (nómina activa) o «conoce» (nómina pasiva) todo el que habla español, no importa su origen.

Hiroto Ueda y Toshihiro Takagaki, que dirigen desde Tokio el proyecto «Variación léxica del español en el mundo», señalan una serie de datos muy aleccionadores: «auto/automóvil» es palabra usual en Costa Rica, Panamá, Cuba, la República Dominicana, Puerto Rico, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Chile y Argentina; «carro», en México, Guatemala, Costa Rica, Panamá, Cuba, la República Dominicana, Puerto Rico, Colombia, Venezuela y Perú; «coche», en España, México, Paraguay y Argentina; y «máquina», en Cuba y la República Dominicana. «Carro» y «coche» son palabras conflictivas porque cambian de significado en lugares diferentes: en América «coche» suele ser el de caballos; en España, «carro» es el de tracción animal, mientras que «máquina» tiene una dispersión geográfica muy reducida. Ninguna de estas tres pertenece al español general. Solo «auto/automóvil» lo es, no solo por su amplio índice distributivo de uso, ni tampoco porque no confluye con ningún otro contenido semántico que acarrearía confusiones comunicativas, sino por ser palabra que, aunque usada principalmente por el 36,5 % de los hablantes nativos (frente al 60,2 % de «coche»), es la que «comprenden» «todos» inequívocamente.

No todas las palabras de nuestra lengua, por supuesto, tienen equivalencias indiscutibles en el español general, como suele suceder en todas las lenguas de gran extensión y de muchas variedades dialectales. Es el caso, por ejemplo, de la voz para designar la «pieza, generalmente en forma de aro, con la que el conductor dirige un vehículo automóvil»: «dirección» es la más usada en México; [el] «guía», en la República Dominicana y Puerto Rico; «manubrio», en Venezuela, Chile y Argentina; «manivela», en Costa Rica; «timón», en Guatemala, El Salvador, Panamá, Cuba, la República Dominicana, Colombia y Perú; «volante», en España, México, la República Dominicana, Puerto Rico, Ecuador, Venezuela, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Chile y Argentina. Aunque «volante» sea la forma más frecuente (al hablar o escribir) entre el 79,8 % de los hablantes nativos de español, no es comprendida con facilidad por el resto de esta comunidad idiomática, a menos que el contexto lo precise. «Volante» es palabra polisémica, es decir, que posee muchos significados diferentes,

como demuestran las catorce acepciones generales que trae el *Diccionario* de la Real Academia, más las cuatro que considera regionales, y, además, presenta restricciones semánticas en algunos países, como México, donde solo se aplica a lanchas o a barcos.

La norma general hispánica, como se ve, no está formada del todo, pues aun siendo cierto que a ella pertenecen una gran cantidad de términos, otros están en vías de solución. Parece cierto que los grandes medios de comunicación panhispánicos y las Academias tendrán mucho que decir en este sentido.

La propuesta de Raúl Ávila (1998a) de elaborar un *Diccionario Internacional de la Lengua Española (DILE)*, ha sido recibida con entusiasmo. El *DILE* tendría como objetivo presentar el español de veinte naciones, dentro de la «necesidad de comprensión general y de aceptación». Este diccionario debería incluir en sus entradas una breve referencia semántica y todos los sinónimos nacionales, junto a la indicación de los países que lo usan de manera habitual, excluyendo todo tipo de regionalismos intranacionales —andalucismos de España o yucatequismos de México— sean los que sean. Quedamos a la espera de este importante y arduo trabajo.

## Hacia el español internacional

### El llamado «español neutro»

Vivimos en un mundo diferente, muy diferente, del que conocíamos hace apenas veinte años. No cabe duda de que a ello ha contribuido un importante cúmulo de sucesos, inventos, descubrimientos y un largo etcétera. Sin embargo, en la aparición de este nuevo estado de cosas, no ha sido escasa la colaboración de Internet y de la televisión. La auténtica revolución que han producido en el campo de las comunicaciones es colosal; no en vano, algunos estudiosos no se han resistido a comparar este momento con el de la invención de la imprenta, hace ya quinientos años.

Internet, «el medio de comunicación masiva más democrático inventado hasta la actualidad» (Ávila, 2001), que «ejerce una fuerte seducción sobre sus usuarios con tres armas de máxima aplicabilidad: gratuidad, comodidad e inmediatez» (Andión, 2001), nos ofrece una larguísima serie

de materiales desde cualquier lugar del mundo. La Malla Mundial Mayor (mmm) —como se traduce al español World Wide Web (www)— une lo gráfico (textos, foto y vídeo) con lo auditivo (música) y lo visual y auditivo (vídeo), y nos lo presenta en casa, no importa cuál sea su lugar de origen ni el momento de su producción. Estamos, pues, ante la fusión de la imprenta (textos), la radio (sonido), la fotografía y el cine (imágenes en movimiento y sonido).

Igualmente la televisión nos abre hoy puertas, insospechadas en los momentos de su invención, gracias a su extraordinaria internacionalización. El que podamos ver, en tiempo real, cualquier suceso desarrollado en el más remoto confín del mundo es una especie de milagro laico, que debemos a la ciencia, a los satélites y a las antenas parabólicas.

Es evidente que tales sistemas de comunicación necesitan de soportes lingüísticos. El espectacular desarrollo del uso del español en estas autopistas de la información de los últimos años ha magnificado su importancia en el mundo actual. Esta circunstancia conlleva, sin embargo, diversos requisitos, que han sido juzgados de manera muy desigual. Es un hecho incuestionable que, para que una lengua viaje con éxito por las ondas, tiene que ser «comprensible» para todos, o, al menos, para la gran mayoría de quienes la conocen en el mundo.

Lo que preocupa a muchos —aun a los que reconocen estos hechos fundamentales— es que la necesidad de homogeneizar al máximo nuestras variedades dialectales fuerce a crear un «español neutro»<sup>1</sup> (etiqueta empleada con fuertes matices peyorativos), en el que desaparezcan los rasgos definitorios de la personalidad cultural que esas variedades conllevan.

Se piensa que la buscada neutralidad se consigue simplificando la lengua y reduciendo el vocabulario a mínimos insospechados, es decir, a costa de trabajar con una modalidad desleída, raquílica y despersonalizada, y se culpa de este hecho a los resultados de la globalización lingüística que estamos sufriendo. Véase, por ejemplo, el parecer del ensayista argentino Miguel Wiñazki:

Para algunos, como para el lúcido filósofo español Eduardo Subirats, los medios de comunicación por su propia lógica productiva (por el hecho de que deben ser concisos y claros) tienden a poner en cuarentena el lenguaje, a congelarlo, a

«desinfectarlo» de la vitalidad de la literatura, por ejemplo, para tornarlo neutro, simplista y por lo tanto artificial. De esta manera, los medios inyectarán en sus audiencias ese vacío que las masifica: «Es una masa configurada por los *containers* y las autopistas mediáticas, una masa inducida, definida y controlada por el flujo mediático». Ese control mataría la lengua, la condenaría a constituirse en una pseudo-lengua, en una ficción semiótica, que simula comunicar cuando solo robotiza audiencias y coloniza el profundo espacio de la palabra con composiciones sintácticas y semánticas, rudimentarias, reiteradas y banales (*Revista Ñ-Clarín*, 13 de noviembre de 2004).

Preocupa de la llamada «globalización», como se ve, la amenaza que supone para las identidades locales. Sin embargo, no conviene magnificar este hecho muy discutible, y sí pensar —como nos recuerda Irene Lozano (2005)— que tal obstinación «puede nublar el razonamiento y provocar despistes respecto a cuáles son los valores que verdaderamente deben ser reivindicados y defendidos: la igualdad, la libertad, la justicia, la tolerancia».

Por otra parte, además de la tan llevada y traída «simplificación», algunos temen que esa apertura al mundo, esa internacionalización del español, pudiera llegar a afianzar el empleo inadecuado e incorrecto de nuestra lengua de que hacen gala —según estos estudiosos— los medios de comunicación de hoy. También en este caso se han hecho desde advertencias moderadas hasta pronósticos apocalípticos y escalofriantes.

Atiéndase a estos botones de muestra: el léxico, dice Manuel Mourelle de Lema (1998), es, con harta frecuencia, «trepidante y aun traumático» —por eso el español neutro ha sido calificado por los críticos de «mediocre, al tiempo que resaltan su pobreza y desnaturalización»—, y añade: «Extraño español que se ha dado en denominar español neutro [que] se sigue utilizando en los doblajes que se hacen en México. Sus características son, entre otras, las siguientes: acentuación neutra, con pocos matices regionales o locales, lenguaje simplificado en léxico y sintaxis, hasta grados deplorables de empobrecimiento»; Manuel-Santiago Blanquer i Planells (1998) habla de que el lenguaje de los programas doblados, incluso el de los noticieros, se compone de un vocabulario que «es muy reducido»; Sergio Sarmiento (1998), por su parte, declara que este len-

guaje «no es más pobre de lo que usualmente encontramos en las calles de nuestras ciudades»; Juan Luis Cebrián (1998) lo considera «made in Hollywood» (!) y culpa a los medios de crearlo y de difundirlo, y Lila Petrella (1998) indica que su vocabulario es «reductivo» y lo acusa de yuxtaponer diferentes normas dialectales. Solo esta última investigadora hace una salvedad: este español neutro afectaría a las obras de creación, en cambio, podría tener sentido para documentales e informativos.

Algunas de estas críticas van acompañadas de quejas sobre el mal uso de la lengua que prima en los medios: José Manuel de Pablos (1998), refiriéndose a la prensa española, concretamente a *El País*, dice que se caracteriza por los continuos errores y por las escandalosas faltas ortográficas; Manuel Mourelle de Lema (1998) señala que el lenguaje de los medios es cada vez «menos reflejo del dominio académico»; Juan Gustavo Cobo Borda (1998) insiste en la existencia de errores y recomienda hacer lo que acostumbran los periódicos colombianos, tirar de las orejas «a los infractores de la lengua y que extiendan su rigor a los barbarismos de la radio y los idiotismos de la televisión», y Jacobo Zabłudovsky (1998) muestra su preocupación por que un medio tan formidable como la televisión pueda llegar a magnificar los barbarismos que aparecen en libros y periódicos.

Hay ocasiones en que estas quejas van acompañadas de críticas a las Academias de la Lengua, en especial a la Real Academia Española porque, no solo no colabora en la erradicación de este lamentable estado de cosas, sino que lo propicia. Por una parte, según Sergio Sarmiento (1998), porque intenta imponer las normas académicas, con su obsesión purista de la lengua, que son completamente ajenas a la enorme mayoría de la población; Juan Luis Cebrián (1998) parece compartir este punto al calificar a estas corporaciones de decimonónicas, elitistas y trasnochadas, productos como son del despotismo ilustrado. Por otra parte, porque ayuda con sus decisiones idiomáticas a corromper la lengua de los medios: José Manuel de Pablos (1998), el más feroz de estos críticos, habla del *Diccionario* de la Real Academia como de «un recital de despropósitos», y afirma que como esto ayuda tanto al empobrecimiento y al error, puesto que los acepta y les da legitimidad con notable ligereza, el lema de la Real Academia debería ser «Acepta, vulgariza y lamina».

Añádase este otro ramillete, recogido por Raúl Ávila (1998b): Ernesto de la Peña (1982), erudito mexicano, considera que «la televisión, en efecto, es el punto en que confluyen todos los elementos contaminantes del habla cotidiana, todos los giros vitandos, todas las vulgaridades», y advierte sobre «el peligro que corre, no solo nuestra lengua en bocas que no tienen interés alguno en conocerla mejor, sino el público que recibe, casi como una comunión, los mensajes que se le quiere transmitir. A mayor influencia de personas mal preparadas, corruptoras del lenguaje, mayor riesgo de infección en el habla de los telespectadores»; J. A. Fernández (1989), hablando de la televisión española, censura las «violencias, anomalías, deformaciones, barbarismos, neologismos, alteraciones, extranjerismos, etcétera» que aparecen en ella; en el libro titulado *Teleperversión de la lengua*, Enrique Montanillo y María Isabel Riesgo (1990) se quejan de «la incompetencia lingüística de los periodistas, especialmente de los que trabajan en la televisión», ya que «una vez cometido el error ya no hay manera de enmendarlo antes de que llegue a oídos del oyente o telespectador», y otro libro, este sobre la televisión venezolana, *El pobre lenguaje de la televisión*, de Eddie González (1988), se pronuncia en el mismo sentido.

En medio de tal bombardeo, las voces sensatas —Manuel Alvar (1990) y Manuel Casado Velarde (1995), por ejemplo—, que matizan con finura la situación lingüística en la televisión, pasan prácticamente inadvertidas.

### La lengua de los medios, ¿se simplifica realmente?

Si la respuesta a esta pregunta fuese afirmativa, tendríamos que preocuparnos muy seriamente por el futuro de nuestra lengua, ya que, dado el poder de los medios, transmitiríamos a las próximas generaciones de hablantes un español esquelético y despersonalizado.

Veamos este fragmento de una noticia publicada en el *Universal.com* de Venezuela:

Antes, mucho antes, cuando nuestros mayores hablaban de «fatiga», lo hacían para expresar una debilidad estomacal, «tengo hambre», «tengo fatiga». Pero cuando en este momento hablamos de «fatiga política», cuando la gente del pueblo

deja hacer y el mandatario y el partido se creen lo mejor del mundo, puede ocurrir cualquier cosa. Le sucedió a Rómulo, el novelista, y al partido AD entre aquellos años 45 y 48. Ahora el vocablo es interpretado como agitación, cansancio, trabajo prolongado, ansia de vomitar, molestia causada por la pretensión de otro. Aburrir, vejar, agotar. Chávez está justificando al generalísimo y es por ello que el cuento va para largo con hampones incluidos. Porque la fatiga también quiere decir «que hagan lo que les venga en gana. Ignoremos al Gobierno» (4 de mayo de 2001).

Este texto está integrado por 122 palabras (sin contar la sigla «AD» y las cifras «45» y «48»), entendiendo por palabra formas escritas entre espacios en blanco; es lo que se llaman «palabras gráficas». Pero, para hacer sobre este fragmento un análisis de «riqueza léxica» es necesario que no se cuenten las palabras gráficas repetidas, porque son el mismo vocablo («antes» 2 veces, «fatiga» 4, «tengo» 2, «partido» 2), ni tampoco los nombres propios («Rómulo», «Chávez»), lo que deja un total de 110, cantidad muy cercana a las 100, sobre las que suelen hacerse estas operaciones. Se observará que aquí hay vocablos de dos tipos: aquellos que «significan» algo («pueblo», «años», «pretensión», «viajar», «cuento», etc.) y los que solo indican una determinada función gramatical («cuando», «de», «lo», «para», «una», «en», etc.) y no hacen referencia a nada concreto o abstracto del mundo que nos rodea. Los primeros son nombres, adjetivos, verbos y adverbios, y los segundos son artículos, preposiciones, conjunciones, etc.

La «riqueza léxica» se mide estableciendo una relación entre las palabras que poseen contenido semántico y el total de los vocablos que integran el texto, salvo las excepciones señaladas. Como en este fragmento las primeras son 65 y el total 110, la densidad léxica alcanza aquí el 59%.

Gracias al proyecto DIES-M (Difusión Internacional del Español en los Medios) y a sus avances, nos es posible hoy revisar lo que sucede con la riqueza léxica de textos periodísticos, radiofónicos y televisivos del mundo hispánico. El proyecto, que dirige desde El Colegio de México Raúl Ávila, cuenta con el apoyo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, la Universidad Pedagógica Nacional y la Universidad Autónoma Metropolitana, y con la colabora-

ción entusiasta del Grupo Televisa, el Instituto Mexicano de la Radio y la Dirección General de Radio, Televisión y Cinematografía de la Secretaría de Gobernación.

El profesor Ávila nos informa de que «la recopilación de los datos se hace a través de muestras estadísticas aleatorias u homogéneas de las diferentes clases de programas de cada estación de radio o televisión, o los diferentes tipos de textos de cada periódico. Los programas y los textos —salvo excepciones justificadas— deben ser producidos o escritos por personas nativas de cada país o región, pues se trata de recoger precisamente este tipo de formas de expresión. Las muestras se graban en cintas de audio (casetes cerrados) para radio o de vídeo (VHS) para TV. Estas cintas se procesan después por computadora para analizarlas mediante programas diseñados con este propósito. En cuanto a la prensa, las muestras se recogen directamente en ordenador. La coordinación general guarda copias de todos los materiales para facilitarlos a los investigadores o instituciones que los soliciten». El programa informático, llamado Exégesis, es creación de IBM-México para El Colegio de México. Exégesis evalúa el léxico de cada uno de los programas que integran la gran muestra panhispánica en cuanto al empleo de la norma internacional, nacional o regional, y también sus índices de riqueza léxica y el nivel de comprensión del auditorio. Sobre sus avances hay informes periódicos que pueden verse en la página electrónica <http://colmex.mx/personal/cell/ravila/index.htm/>.

El tamaño mínimo del corpus por país o región debe ser de 50.000 palabras gráficas (excluidos anuncios comerciales y letras de piezas musicales), pero se anima a los investigadores a ampliar las muestras hasta 500.000, a pesar de que con 100.000 se puede llegar a conocer el vocabulario básico de los medios de los diferentes países que integran el proyecto. Aunque la mayoría de estas investigaciones están en marcha, otras muchas están ya concluidas. Lo que esos trabajos nos dejan ver es lo siguiente:

De las radios locales estudiadas, Radio Almería cuenta con un índice de riqueza léxica del 66,6 % (Antonio María López González, 2001); de las nacionales, Radio Nacional de España, del 67,2 % (Ana María Ruiz Martínez, 1999); XEB de México, del 67 % (Raúl Ávila, 2001), las de Costa Rica, del 67,1 % (José Alberto Barahona Novoa, 1996) y RCN de Colombia, del 66,7 % (Marina Parra *et al.*, 1999).

En cuanto a la televisión nacional, Televisión Española arrojó índices de riqueza léxica del 68,1 % (María Luisa Florián López, 1999), XEWTV de México, del 66 % (Raúl Ávila, 2001) y Telenoticiero AM& de Colombia, del 68,6 % (Marina Parra *et al.*, 1999). Las de carácter internacional, 69,6 % CNNenEspañol y 67,8 % ECO, son las densidades máxima y mínima, pero el promedio de las cinco estaciones estudiadas dio un 68,6 % (Raúl Ávila, 2001).

La prensa colombiana —*El Tiempo*— obtuvo una densidad de 68,4 %.

Claro que la interpretación de estos datos necesita de puntos de comparación. Por ello Raúl Ávila (2001) analiza cuidadosamente dos conjuntos de datos: por una parte, un ensayo (escogido al azar) de Carlos Fuentes, *Tiempo nublado*, y para la lengua hablada de México, tres niveles de realización: culto, medio y popular. La riqueza léxica de este texto del reconocido escritor mexicano fue de 69,7 %. En la lengua hablada de ese mismo país los datos son los siguientes: nivel culto, 68,5 %; nivel medio, 62,5 %; nivel popular, 56,5 %. Se comprobará con facilidad que los índices de riqueza léxica de los medios examinados están muy cercanos tanto al texto literario como al de los niveles más altos de la lengua oral. ¿Dónde está, por lo tanto, la «pobreza léxica»?

Como colofón a estas comparaciones, Ávila concluye que, si se unen textos de una densidad de 68,5 % hasta llegar a la cantidad de 100.000 palabras gráficas, se obtienen cerca de 5.000 vocablos (palabras diferentes), cifra que corresponde al léxico manejado (al margen del de la especialidad de cada quien) por una persona culta, como han demostrado una y otra vez los estudios recientes sobre léxicos básicos (Amparo Morales, 1986).

Otro dato de interés. Una revisión de las fechas de los trabajos aducidos nos lleva a una primera fecha de publicación: 1996. No es necesario insistir en que esas fechas hay que retrasarlas hasta el momento de recopilación de los materiales que sirven de base al análisis. En los casos colombianos, por ejemplo, aunque el libro de Marina Parra y sus colaboradores sale de las prensas del Instituto Caro y Cuervo en 1999, las muestras de Radio Sucesos de RCN (Radio Cadena Nacional) y del periódico *El Tiempo* se recogieron durante 1993, y la de Telenoticiero CM& (Centro de Medios de Información), al año siguiente. No hay posibilidad de argumentar que estos índices de riqueza léxica

sean recientes, sino que vienen de hace unos diez años. Esta confrontación de hechos con datos muy actuales nos permite concluir que en los últimos dos lustros (por lo menos) se han mantenido sin alteración los índices de riqueza léxica de los medios: ¿dónde ha estado la globalización que no ha hecho aquí sus funestos estragos?

### La «lengua bárbara» de los medios

Uno de los tópicos favoritos de muchos (y no solo de los puristas extremados) es el derrumbamiento y la aniquilación que sufre nuestra lengua en manos de los comunicadores, a los que acusan de incompetentes, displicentes y frívolos. Sin duda, esa «impresión» la han sacado de sus lecturas de la prensa o de escuchar la radio y ver la televisión, unido ello a la sensación de desplome total y de corrupción sin límites que algunos cazadores de gazapos han contribuido a difundir; errores —reales o supuestos— contra los que han dirigido dardos enfurecidos.

No niego —porque no podría hacerlo— que los disparates idiomáticos saltan por doquier; imposible mantener tal cosa tras las docenas de datos que nos ofrece Álex Grijelmo (1998) en un libro de lectura deliciosa. Es cierto: carteles inentendibles, azafatas que golpean la lengua, narradores deportivos que, micrófono en mano y presas del ardor de la contienda, desbarran a placer, y un largo etcétera. Pero, salvo casos como estos últimos, pueden ser considerados usos «privados» que no trascienden. Y allá cada cual con lo suyo.

En el caso de los lectores o escuchas de que hablábamos antes, se trata evidentemente de individuos que, sin pensar que ya han leído sin sobresalto algunas páginas de un periódico, encuentran un error por aquí u otro por allá. No tienen conciencia estadística, aunque sea de una parcela de ella tan elemental como la frecuencia. He analizado, a manera de divertimento, varios números de *El País*, diario anatemizado por José Manuel de Pablos, y otros tantos de *ABC*; el índice de errores (no de erratas debidas a la impericia mecanográfica de los autores y a la ausencia de correctores) no ha pasado en ninguno de los casos del 1,8%, aunque los hay ciertamente llamativos, como este titular de *ABC*: «Se está produciendo un alejamiento afectivo *hacia* Cataluña» (22 de enero de 2002). Incluso la puntuación, tan compleja y esquiva, como nos

muestra magistralmente José Antonio Millán (2005), es todo lo correcta que es posible, teniendo en cuenta que en materia ortográfica no se trata solo de la aplicación de un conjunto de reglas, porque aquí «no hay reglas tajantes», sino de «arte» y de toma de «decisiones con frecuencia sutiles». Es una simple y corta muestra, cierto, nada representativa además, pero es un índice que ni de lejos parece incitar al rasgado de las vestiduras.

Y es que los medios cuentan, quizás hoy con mayor frecuencia que ayer, con trabajos de escritores consagrados que, entre otras cosas, ponen gran atención y cuidado en la lengua que utilizan, y ahora los periodistas, hasta los bisoños y más inexpertos, cuentan con ayudas de mucha utilidad, desde los libros de estilo propios de sus medios hasta la invaluable ayuda de la hoy Fundación del Español Urgente de la Agencia EFE, sin mencionar los servicios de consulta de dudas que ofrecen algunas Academias de la Lengua a la comunidad nacional e incluso internacional.

## El español del futuro

### Seremos muchos más hablantes

El español es hoy la cuarta lengua más hablada del planeta, pues la utiliza el 5,7% de la población mundial. La situación va en aumento, pues las proyecciones hechas por la Britannica World Data (Chicago) para 2030 nos dicen que seremos el 7,5% de los hablantes de todo el mundo (un total de 535 millones), muy por encima del ruso (2,2%), del francés (1,4%) y del alemán (1,2%), lo que indica que para entonces solo el chino superará al español como grupo de hablantes de lengua materna. Si no cambian los rumbos, es muy probable que dentro de tres o cuatro generaciones el 10% de la población mundial se entienda en español.

En estos cálculos han influido dos hechos muy significativos: si las proyecciones se confirman, los Estados Unidos serán, para 2050, el primer país hispanohablante del mundo, y Brasil, según declaraciones de su actual ministro de Educación, en tan solo diez años más contará con unos 30 millones de personas que hablarán español como segunda lengua.

### ¿Qué español hablaremos?

Todos los que se han preguntado alguna vez qué es lo que realmente está pasando con eso que llamamos «globalización lingüística» señalan de manera inequívoca a los medios de comunicación de masas como agentes del fenómeno. Es la necesidad —y la conveniencia— de hacerse entender por públicos más numerosos y muy alejados del lugar de producción. Otros añaden más «productos», de alguna manera emparentados con los medios, pero —suestadamente al menos— de otra naturaleza: las obras literarias y el cine, y lo que de ellos se deriva.

La historia de estos medios está llena de sorpresas. Primero el libro, que comienza a ser vehículo de la comunicación masiva gracias a la imprenta, después la prensa, más tarde la radio, le sigue el cine y la televisión y, por último, Internet. Se pensó que el periódico sustituiría al libro, que con la llegada del cine se daba por sentado la desaparición del libro y del teatro, que el invento del gramófono acabaría con los conciertos, que el advenimiento de la televisión arrumbaría al libro y, sobre todo, al cine. Premoniciones vanas. Porque si es verdad que cada medio ha ido ocupando una parte del espacio de otro (recuérdese la desaparición de las grandes salas de cine, de hasta seis mil butacas, convertidas en pequeños locales de un máximo de doscientas, mientras aumentaban las ventas de televisores), todos ellos se han ido especializando y definiendo con más rigor, hasta el punto de que en la actualidad, lejos de competir, se complementan y fortalecen.

¡Cuántas veces el espectador, después de haber visto una historia en el cine o en la televisión, acude al libro para recrear, con más tiempo y más deleite, lo antes visto en la pantalla! Alexis Márquez Rodríguez (1998), al comentar este hecho, concluye: «Pareciera que la versión audiovisual no fuera suficientemente satisfactoria para esos lectores, que buscan en las páginas impresas lo que en las pantallas no encontraron». Las artes escénicas, por su parte, respondieron al embate del cine, depurándose y cobrando nueva dignidad. Las orquestas sinfónicas se han multiplicado y han adquirido una calidad sobresaliente. El cine mismo —comenta Jaime Labastida (1998)— se ha visto auxiliado por las nuevas tecnologías; la televisión —que se creía su peor enemiga— ha contribuido, y no poco, al desarrollo del séptimo arte.

¿Cómo eran ayer la prensa, la radio y la televisión en nuestro mundo hispánico y cómo se nos presentan hoy? ¿Han desaparecido con el pasado o conviven, aunque con adaptaciones, a los nuevos requerimientos de una sociedad actual? ¿Han sido los escritores «tocados» por esta especie de progreso? ¿Han llegado a la cinematografía nuevas características ayer ausentes? Es evidente que en las respuestas que se den a estas preguntas podremos vislumbrar lo que le espera a nuestra lengua en el futuro.

Cualquier hombre que no viva en lo más intrincado de una selva agreste o en medio de un dilatado desierto está hoy (y mucho más, mañana) potencialmente rodeado de un sinfín de instrumentos de comunicación masiva, que pudieran hacerle llegar cantidades ingentes de información. Solo en el mundo hispánico es enorme el número de aparatos radiofónicos de que se dispone; la onda corta difunde más y más programas, incluso aquellos que habían sido creados para consumo nacional. La televisión se internacionaliza y cada vez llega a más sitios: en Hispanoamérica, el 90% de los hogares dispone de al menos un televisor, que permanece encendido el tiempo equivalente a una jornada de trabajo diaria, unas tres horas al día por cada usuario (Jara, 1998). En la América hispana, incluyendo las Antillas, el número de usuarios de Internet es, a día de hoy, de 18.068.919.

En España, a finales de 1995, había unos 100.000 usuarios de Internet; en 1996 eran 802.000, un 2,4% de la población total de más de catorce años. En nuestros días (diciembre de 2005) suman 14.590.180, lo que significa que, desde el año 2000 hasta finales de 2005, los usuarios de Internet en este país han experimentado un crecimiento de un 170,8%; las casas españolas que lo disfrutan constituyen el 63,9%. En México, que junto con España pertenece a la lista de los veinte países líderes en el mundo electrónico, los usuarios eran (a 31 de marzo de 2005) 12.250.000, lo que indica un crecimiento de un 351,6% en estos últimos cinco años.

En los Estados Unidos 7.600.000 hispanohablantes hacen uso de Internet y visitan sitios y portales electrónicos (Nielsen/NetRatings); los hogares hispanos con cable son más de 10.000.000 (Kahan World Media Projections).

Con todos estos avances a mano se puede estar en contacto con CNNenEspañol.com, CNN Móvil, Univisión, la novísima Telefuturo, Galavisión, Telemundo, ahora impulsada

por la NBC, Telemundo Internacional, dirigido especialmente a Hispanoamérica, y Mund2, de carácter bilingüe y dirigido a los jóvenes; en televisión, con satélite directo a los hogares: DirectTV, con veinte canales en español, Dish Latino, con otros veinte, además de las versiones españolas de otros canales como Discovery Channel, Music Television Español, Fox Sports World Español, Espn Deportes, más el Servicio SAP, donde aparecen TBS Superstation, Braves, Cartoon Network y Boomerang Cartoon Network. No hay que olvidar la rica gama de posibilidades que ofrece la radio digital y, dentro del mismo mundo hispánico, Televisión Española Internacional y Antena 3.

No todo lo que se lee y, sobre todo, se escucha, viene en ese supuesto «español neutro». No. Es cierto que algunos medios buscan premeditadamente el entendimiento general de sus «productos»; es el caso, por ejemplo, de CNNenEspañol, ECO y Discovery Channel, entre otros, en los que nunca faltan las controversias y las discusiones sobre aspectos lingüísticos, especialmente léxicos, a la hora de traducir al español materiales escritos originalmente en inglés o de producir los propios textos en español, conscientes como son de que tras cada decisión idiomática subyacen intereses económicos. Para todos los que intervienen en estas operaciones, su dialecto es mejor que el de los demás, y son sus palabras, por tanto, las que deben primar. Pero lo verdaderamente importante es que la comprensión internacional sea fácil.

A este respecto Abel Dimant, jefe de redacción de CNNenEspañol, comentaba a Raúl Ávila (1998), en un mensaje en Internet, lo siguiente:

Debo admitir que una de las partes más difíciles de mi trabajo es decidir qué palabras y expresiones usar o no, considerando la gran variedad en cuanto al empleo del español en los distintos países latinoamericanos [sic] [...]. No pasa un día en que algún vocablo no sea motivo de debate interno, particularmente porque en nuestra redacción hay representantes de numerosos países latinoamericanos [sic], lo cual ayuda a nuestro propósito de encontrar un lenguaje uniforme, claro, coherente y expresivo.

Sin embargo, existen otros medios que utilizan la variedad del español de sus lugares de origen. Sin duda, es-

tos últimos son mucho más numerosos. Televisión Española Internacional y Antena 3, por ejemplo, apenas producen programas especiales para enviar al resto del mundo, sino que, por el contrario, suelen seleccionar de entre su programación regular, concebida originalmente para españoles, los que creen de mayor interés para un público internacional, incluyendo películas españolas, hispanoamericanas y extranjeras (dobladas), obras teatrales y telenovelas de la otra orilla del Atlántico (ahora, por ejemplo, *Amarte así, frijolito*). Me informan de que en estos momentos los programas de mayor éxito en el extranjero son *Mira quién baila* y *Sábado noche*, diseñados y producidos ambos para televidentes españoles.

No es de sorprender. En Puerto Rico, donde el acceso a Televisión Española Internacional (que llega a través de Hispasat 1C) cuesta apenas unos pocos dólares, existe una abrumadora cantidad de telespectadores que prefieren enterarse de lo que pasa en el mundo a través de los telediarios de este canal «extranjero» (y no de los locales), pues piensan que en aquel las noticias no están ni sesgadas ni influidas por las agencias de noticias norteamericanas, y porque se ocupan de los asuntos ocurridos en todo el mundo, no importa cuán lejana esté de España la zona en cuestión. Y mucho más contundente: durante casi un año, el programa de mayor audiencia en la isla no pertenecía a un canal local, sino al de Televisión Española Internacional: era *¿Quién sabe dónde?*, el lacrimógeno espacio creado, dirigido y presentado por Paco Lobatón, que se encargaba de encontrar a personas desaparecidas, para total felicidad de sus seres queridos.

Luego, no puede pensarse ni decirse que estemos todos constantemente bombardeados por ese español internacional —que han dado en llamar «neutro» maliciosamente— y que ello traerá consecuencias catastróficas para nuestra lengua, puesto que lo más visto y escuchado son —salvo excepciones— las producciones locales, y al margen de ellas, la programación de medios extranjeros que difunden en otros sitios su propia variedad idiomática.

Hay algo que debe hacernos reflexionar. Los estudios hechos sobre la lengua utilizada en la prensa, la radio y la televisión colombianas de 1993 y 1994 respectivamente, los medios (de carácter nacional) más escuchados, leídos y vistos en ese país, nos dicen que en la radio el 91,8 % del

total de vocablos de la muestra (2.536 vocablos, «palabras diferentes») eran generales en español; no pudieron ser contabilizados dentro de este apartado «escogencia», «paradero», «novedoso», «parqueadero», «conservatismo», «departamental», «noticiero», «planchón», etc. porque no estaban registrados en los instrumentos de contraste que utilizaban, entre otros, el *Diccionario* de la Real Academia y el *Diccionario de uso del español*, de María Moliner.

En la televisión, el 91,4 % de los vocablos de la muestra (de 1.877 vocablos, «palabras diferentes») correspondían al español general; entre los que no fueron contabilizados como «generales» estaban «antisequestro», «distrital», «extramatrimonial», «fundamentalista», «gravable», «habitacional», «interinstitucional», «insurgencia», «normatividad», «redefinir», «reestudiar», «subfacturado», etc.

Marina Parra y sus colaboradores (1999) nos informan de que en la prensa la situación es muy parecida: del total de 2.104 vocablos que integraban la muestra, el 92,3 % eran generales en español; el restante 7,7 % estaba integrado por palabras como «ameritar», «sortear», «ausentismo», «isleño», «tramitomanía», «samperismo», «samperista» (del presidente Samper), «registraduría», etc. Hace más de dos lustros, y la situación no ha cambiado en absoluto, el español manejado por los medios colombianos era —y es— mayoritariamente el general, el compartido por todos; los vocablos locales (o tenidos por tales) alcanzan menos de un modesto 10 %.

Pero no se trata solo de Colombia. Estudios lexicoestadísticos muy solventes nos demuestran una y otra vez que existe una unidad sobresaliente entre las diversas variedades de nuestra lengua. Juan Miguel Lope Blanch (2000), en un recuento de 133.000 vocablos seleccionados del habla de Madrid, descubrió que el 99,9 % era vocabulario común a México; las que disonarían en ese país hispanoamericano alcanzaban apenas un 0,1 % del total. En resumen, que Madrid y México coinciden casi en un 100 % con el vocabulario de la norma culta del español general. Por otra parte, el tantas veces citado Raúl Ávila (1994), que analizó un total de 430.000 palabras utilizadas en la radio y en la televisión mexicanas, concluyó que el léxico general hispano que se encontraba en ese corpus correspondía al 98,4 % del total; es decir, que el vocabulario diferencial obtenía un porcentaje residual: el 1,6 %. ¿Está o no está unificado el vocabulario del español culto?

No en vano el maestro Ángel Rosenblat, tan temprano para estas discusiones como en 1967, afirmaba sin ambages: «Frente a la diversidad inevitable del habla popular, el habla culta de Hispanoamérica presenta una asombrosa unidad con la de España», y no tenía a mano las estadísticas de que hoy disponemos.

Ante estos hechos nos volvemos a preguntar —ya lo hizo hace apenas unos meses Juan Ramón Lodares (2005)— si estas coincidencias léxicas son un invento de las grandes cadenas de televisión, si Televisa, por ejemplo, crea un español especial para que todos sus televidentes entiendan sus programas, o si se trata más bien de todo lo contrario. ¿No será más bien que la variedad culta del español que se habla en México (y en todas partes) es imitada por la televisión hispánica internacional? ¿No ocurrirá que los medios utilizan una variedad general que saben que sirve para que todos nos comuniquemos sin problemas? ¿Quién imita a quién?

### Nos entenderemos mejor entre todos

Lo que está claro es que no resulta necesario no ya viajar, sino ni tan siquiera moverse uno de su casa para tener acceso —no como antaño— solo a productos locales, sino a textos orales o escritos procedentes de todo el mundo hispánico y aun de fuera de él. En un programa radiofónico español de los de micrófono abierto oí a una señora de un pequeño pueblo de la sierra de Huelva decir (a propósito de unos consejos dados por la ministra del ramo en la época de las «vacas locas»): «Eso es muy “chévere”, como dicen en las telenovelas».

Y en un divertido estudio de Gregorio Salvador (1995), el académico comenta muy atinadamente una serie de casos reales en los que hablantes españoles usaban con toda normalidad algunos americanismos aprendidos en las telenovelas de moda en el país: las chicas de Burgo de Osma que frente a un escaparate de la ciudad calificaban unos zapatos de «chéveres»; la refinada señora que le pedía por favor que «agarrara» la copa, o la vecina que se quejaba amargamente de su marido, al que tachaba de «malagradecido», porque se adueñaba del televisor para ver el Tour de Francia en momentos en que daban *Abigail*, cuando ella siempre le había dejado ver el fútbol de los sábados; se lo había echado en cara, y él se había puesto

más «bravo» que nunca. Y después de dictar esa conferencia, cuando la telenovela de moda en España era la chilena *Machos*, escuchó a una jovencita que le decía a otra: «Pepe y yo estamos *pololeando*».

Y así «abusador» por «abusón», «anestesiólogo» por «anestésista», «loqueras» por «locuras», «llamado» telefónico por «llamada» telefónica, «sindicalero» por «sindicalista», y muchos ejemplos más. Hablantes, ellas y ellos, espectadores fieles y asiduos de *Cristal*, de *Manuela*, de *Betty, la fea*, y de tantas otras. No causa la menor sorpresa que se haya llegado a publicar un *Diccionario chévere*, que, aunque solo recoge 43 términos, llevaba el siguiente reclamo: «Válido para entender todas las telenovelas». Su publicación se hizo en 1992; hoy sería innecesario.

No siempre, desde luego, las palabras «extrañas» pasan a la competencia activa de los usuarios (como en los ejemplos anteriores), pero todos los programas radiofónicos o televisivos, y la lectura de textos en papel o en Internet, terminan por ampliar la nómina pasiva de oyentes, telespectadores y lectores.

Hace tan solo unos diez años, era rarísimo encontrar en Hispanoamérica un conocimiento pasivo de la palabra «grifo», por ejemplo, en el sentido de «espita de agua». Con este significado, había entrado en el caudal común de nuestra lengua en el siglo XVIII, pero solo en la variedad española. En los países de aquellas latitudes se manejaba y se maneja una amplia variedad de formas: «caño», «canilla», «chorro», «llave», «pluma», etc. Pero los programas de televisión procedentes de Madrid, originales o doblados, iban presentando «grifo» con auténtica disciplina casi militar (aunque sin proponérselo), puesto que en esta variedad «grifo» «es» la palabra. No diré que ahora se usa «grifo» en ciertas zonas americanas, porque no es cierto, pero sí lo es el hecho de que, cuando alguien dice «grifo», ya hay muchas personas que «entienden» de qué se trata. Es algo que he podido comprobar en diversos viajes a Centroamérica y a México.

¿Qué indica este dato aislado? Que la exposición que hacen los medios de una zona en otra(s) no se limita a cuestiones de información, sino que llega también a asuntos idiomáticos. Salta a la vista del viajero más distraído que algunos camareros de Guatemala, El Salvador y Honduras, por ejemplo, poseen unos saberes asombrosos sobre el fútbol español, las ligas, los cambios, los despidos y las compras de ju-

gadores, los triunfos de cada equipo y el estado actual de cada uno de ellos en su respectiva categoría (cosa que no deja de asombrarme, ignorante como soy de todas esas cosas), pero, además, entienden preguntas como: «¿Se puede consumir aquí el agua del grifo?». O te traducen una palabra o una expresión local al «español de España»: «carro», «en España le dicen “coche”»; «cuarto», «“habitación” en España»; «cuadras», «o “calles”, como dicen en España», etc.

¡Excelente! Todo lo que sea ampliar la nómina pasiva del léxico de un hablante de español es un signo muy positivo. Ese hablante conservará en su habla habitual «sus» propios términos y, salvo que hable con un español, los actualizará de continuo; pero si alguien le habla de «grifos», de «coches», de «habitaciones», entenderá sin la menor dificultad de qué se trata. Y al revés. La comunicación está salvada, que es, sin la menor duda, lo importante.

Si a esto quiere llamársele globalización, cuando se trata de un abigarrado conjunto de factores, pase. Pero de todos modos habría que insistir, como se ha encargado de hacer muy recientemente Irene Lozano (2005), en que la globalización lingüística tiende a eliminar los privilegios, construidos gracias a ciertos usos perversos de las lenguas (o de sus variedades), que otorgan a sus hablantes dominación o primacía. Las barreras idiomáticas —no se trata de nada nuevo— suelen permitir, entre otras cosas igualmente nefastas, el control del poder. ¿Por qué, por ejemplo, no se convierte en bilingües (lengua materna/español) a ciertas poblaciones aborígenes de América?

Todas las puertas y las ventanas, —nos dice atinadamente la autora de *Lenguas en guerra*— se han abierto, los mares y las montañas han dejado de constituir un obstáculo, y las distancias, aunque sean de miles de kilómetros, no ponen ya límites a la comunicación humana. Pero eso no tiene por qué constituir un peligro. Antes al contrario, si se sabe arbitrar la convivencia, lo que otorga son enormes posibilidades de intercambio, conocimiento y desarrollo personal.

No está de más subrayar una y otra vez que una de las responsabilidades de lenguas como la nuestra —aunque todas sean igualmente respetables— es que «pueden ser vehículos de comunicación de grandes grupos humanos en defensa de sus intereses, sus derechos y su bienestar».

## El importante papel de las Academias

La Corporación de Madrid, hoy muy unida a las restantes veintiún Academias, gracias a la nueva política panhispánica de la institución, sirve para ayudar a que la corrección idiomática sea un hecho. Las consultas que asiduamente se reciben en casi todas ellas y sus respuestas son la prueba más fehaciente; la Real Academia Española, por ejemplo, recibió, durante el año 2005, 60.257 consultas (a razón de unas 365 al día), la mayoría llegadas de la propia España y de Hispanoamérica (fundamentalmente de México, Chile y Argentina), aunque no faltaron las procedentes de Albania, Australia, Bulgaria, Sri Lanka, China, Corea, Etiopía, Somalia y de otros muchos lugares.

Pero si alguna duda cupiera de que los medios son realmente los más favorecidos por las Corporaciones, ahí está el nuevo *Diccionario panhispánico de dudas (DPD)*, estupendo instrumento de consulta que reúne las 7.200 dudas lingüísticas más frecuentes en el mundo hispánico.

Muy presente tuvieron este hecho los representantes de los medios hispánicos al firmar en Madrid el siguiente acuerdo:

Los representantes de los medios de comunicación reunidos en la Real Academia Española con motivo de la presentación del *Diccionario panhispánico de dudas*:

1. Valoramos de manera muy positiva el esfuerzo realizado por las veintidós Academias de la Lengua Española para ofrecer a todo el mundo hispanohablante una solución consensuada a las más frecuentes dudas lingüísticas. Creemos que con ello se presta un eficaz servicio a la fundamental unidad del idioma, dentro del respeto a su diversidad de realización.
2. Nos satisface comprobar que son muchos los textos periodísticos que han servido de base de documentación de la continua evolución de la lengua, y que el trabajo de nuestros libros de estilo y las observaciones que hemos formulado a las Academias, de manera particular y en reuniones específicas, han sido aprovechadas con amplitud.
3. Por ello nos comprometemos a continuar esa colaboración aportando críticas y sugerencias que puedan enriquecer el texto y contribuyan a la permanente actualización de la obra.

4. Conscientes de la responsabilidad que en el buen uso de la lengua nos impone el poder de influencia de los medios, nos comprometemos a adoptar como norma básica de referencia la que todas las Academias han fijado en el *Diccionario panhispánico de dudas*, y animamos a otros medios de comunicación a sumarse a la iniciativa.

Madrid, 19 de noviembre de 2005

Esta declaración fue firmada por los periódicos *La Nación* y *Clarín* de Argentina, *La Razón* de Bolivia, *El Mercurio* y *La Tercera* de Chile, *El Espectador* y *El Tiempo* de Colombia, y Radio Caracol, del mismo país, *La Razón* de Costa Rica, *El Comercio* y *El Tiempo* de Ecuador, *El Nuevo Herald* de Miami y *La Opinión* de Los Ángeles, el Grupo Prensa Libre de Guatemala, *El Heraldo* de Honduras, *El Universal*, el Grupo Reforma y el Grupo Radio Centro de México, *ABC Color* de Paraguay, *El Comercio* de Perú, *El Listín Diario* de la República Dominicana, *El Observador* y *El País* de Uruguay, y *El Nacional* y Venevisión de Venezuela. De España firmaron también la Agencia EFE, la Editorial Prensa Ibérica, *El Mundo*, *El Periódico de Catalunya*, el *Heraldo de Aragón*, *La Razón*, *La Vanguardia*, *La Voz de Galicia*, el Grupo PRISA, Radiotelevisión Española, Telecinco y el Grupo VOCENTO.

Casi siete años transcurrieron desde el nacimiento de la idea (tal y como la ha concebido la RAE) hasta su presentación, primero en Madrid y después en todos los países hispánicos. Es «panhispánico» por dos sentidos: primero, porque las dudas que trata han salido de todos nuestros confines, y segundo, porque el estudio de esas dudas y las soluciones posteriores han sido hechas por todas las Academias. Como se ve, las Academias «aceptan» lo que tienen que aceptar (siempre apoyadas en buenas razones, aunque algunos no las entiendan), nunca «vulgarizan» y, menos aún, «laminan».

¿Qué persigue esta obra? Sus fines son de una claridad meridiana: orientar al público (y esto incluye a los medios de manera principalísima) para que pueda discernir entre usos divergentes: 1) cuáles pertenecen al español general, 2a) cuáles están marcados, por una parte, geográficamente (chilenismo, venezolanismo, mexicanismo, etc.) y socio-

culturalmente (forma prestigiosa, popular, rural, vulgar, etc.) y 2b) cuáles son inaceptables por antigramaticales, es decir, por incorrectos, entre otros tipos de dudas idiomáticas.

Es evidente que, si se trata de la primera opción del segundo caso, las diferencias simplemente se consignan:

**penal. 1.** En la mayor parte de América, en algunos deportes como el fútbol, 'máxima sanción que se aplica a ciertas faltas cometidas por un jugador en el área de su equipo': «*El árbitro [...] sancionó un penal a favor del local*» (*Tiempo* [Col.] 19.5.97). Se pronuncia mayoritariamente [penál], con acentuación aguda, por lo que debe evitarse la forma llana *pénal*. El plural es *penales*.

**2.** En España se usa únicamente el término *penalti* [penálti] (adaptación gráfica del inglés *penalty*), que también se emplea ocasionalmente en América: «*Amonestó a Espinosa por protestar el penalti*» (*País* [Esp.] 2.5.80); «*El Táchira empató [...] mediante un penalti*» (*Tiempo* [Col.] 4.9.97). El plural es *penaltis*. Debe evitarse, por minoritaria, la forma esdrújula *pénalti*. No debe usarse en español la grafía inglesa *penalty* ni su plural *penalties*; tampoco el plural híbrido *penaltys*.

**3.** Como variante estilística se usa en todo el ámbito hispánico la variante *pena máxima*: «*La pena máxima la ejecutó Leiva y, de esta manera, llegó el único tanto del partido*» (*NProvincia* [Arg.] 21.7.97).

**-sfera.** Elemento compositivo sufijo que forma parte de varios sustantivos que designan, por lo general, distintas zonas o capas de la Tierra y del Sol. En el español de América, por analogía con *atmósfera*, se prefiere la acentuación esdrújula en las palabras que lo contienen: *biósfera*, *estratósfera*, *hidrósfera*, etc. En el español de España, por el contrario, todas las palabras formadas por este elemento compositivo, salvo *atmósfera*, son llanas: *biosfera*, *estratosfera*, *hidrosfera*, etc.

En cuanto a la segunda posibilidad, si se trata de marcas sociales negativas (vulgar, forma estigmatizada, etc.), se advierte de ello y se desaconseja su uso:

**nuera.** Término usado en la lengua general culta para referirse a la esposa del hijo de una persona: «*Las tensas relaciones entre suegra y nuera no llegaron nunca a suavizarse por completo*»

(Moix *Vals* [Esp., 1994]); no obstante, en el habla coloquial y popular de varios países americanos, como Puerto Rico, República Dominicana, Colombia o Venezuela, así como en algunas regiones de España, se usa a veces, con este sentido, la voz *yerna*, formada a partir de *yerno*, masculino heterónimo de *nuera*: «*A la yerna le negaba la entrada y hasta el saludo*» (Vega *Crónicas* [P. Rico, 1991]); es uso que debe evitarse en el habla culta formal.

**restregar(se).** 'Frotar(se) repetidamente y con ahínco'. Verbo irregular: se conjuga como *acertar*, esto es, diptongan las formas cuya raíz es tónica (*restrieggo*, *restriegas*, etc.), pero no las formas cuya raíz es átona (*restregamos*, *restregáis*, etc.): «*Polo se restriegga la cara con la palma amarilla de su mano*» (MtnCampo *Carreteras* [Méx. 1976]); «*Vestía un traje campestre de ligero algodón que se mojaba mientras restregaba vigorosa sus pies*» (Santos *Pez* [P. Rico, 1996]). A diferencia de lo que ocurre con *estregar* no son admisibles en la lengua culta las formas con raíz tónica y sin diptongo: *restrego*, *restrega*, *restregue*, etc.

En el caso de formas incorrectas en español, se indica por qué lo son y se ofrece(n) la(s) alternativa(s) adecuada(s):

**humareda.** 'Abundancia de humo': «*El ajeteo del zoco, la humareda de las parrillas, la gente pululando por la calle*» (Silva *Rif* [Esp., 2001]). No es correcta la forma *humadera*. Existe la variante *humarada*, de uso poco frecuente: «*Saca un puro con ostentación y lo enciende, envolviéndose en una hamarada*». (Nieva *Nosferatu* [Esp., 1993]).

**ojo. a ojos vistas.** 'De manera clara o patente': «*El negocio creció a ojos vistas*» (Elizondo *Setenta* [Méx., 1987]). No son correctas las variantes *a ojos vista* y *a ojos vistos*.

Quedará claro después de lo dicho que no se intenta eliminar ni minimizar aquellos fenómenos lingüísticos que son sentidos como correctos y prestigiosos en una comunidad de habla dada (aunque parezcan incluso deplorables en otra). Esto significa riqueza idiomática. Lo que se persigue es favorecer la corrección y, en los casos de neologismos, la uniformidad de elección. En el estado actual de nuestras comunicaciones no se deberían volver a repetir casos como los de *computadora/ordenador* y de [teléfono] *celular/móvil*, por ejemplo.

Como en los casos pertinentes, el *DPD* propone soluciones unitarias para todo el mundo hispánico, y aun fuera de él, estamos ante un instrumento que, además, reforzará la unidad de nuestra lengua, sin borrar nuestras diferencias, que constituyen señas de verdadera identidad cultural.

## Referencias bibliográficas

- Alvar, Manuel, «Medios de comunicación y lingüística», *Lingüística Española Actual*, n.º 12 (1990), pp. 151-173.
- Andión, María Antonieta, «La lengua en la prensa española e hispanoamericana en Internet: el fantasma de la diferenciación», *Español Actual*, n.º 76 (2003), pp. 71-92.
- Ávila, Raúl, «El lenguaje de la radio y la televisión: primeras noticias», en *II Encuentro de lingüistas y filólogos de España y México*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1994, pp. 101-117.
- , «Españolismos y mexicanismos: hacia un Diccionario internacional de la lengua española», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, n.º 46 (1998a), pp. 395-406.
- , «Televisión internacional, lengua internacional», en *La lengua española y los medios de comunicación*, 1998b, pp. 911-930.
- , «Lenguaje y medios: noticias internacionales», *Anuario de Letras*, n.º 38 (2000), pp. 37-65.
- , «Los medios de comunicación masiva y el español internacional», en *II Congreso Internacional de la Lengua Española*, n.º 16-19, Instituto Cervantes, Madrid, 2001, en [http://cvc.cervantes.es/obref/congresos/valladolid/ponencias/unidad-diversidad.../avila\\_r.htm](http://cvc.cervantes.es/obref/congresos/valladolid/ponencias/unidad-diversidad.../avila_r.htm).
- Barahona Novoa, José Alberto, «Léxico básico de la radio costarricense» (tesis de posgrado), Universidad de Costa Rica, San José, 1996.
- Blanquer i Planells, Manuel-Santiago, «¿Lengua viva o lenguaje degradado?», en *La lengua española y los medios de comunicación*, vol. II, 1998, pp. 969-976.
- Casado Velarde, Manuel, «El lenguaje de los medios de comunicación», en Gregorio Salvador y Manuel Seco (eds.), *La lengua española, hoy*, Fundación March, Madrid, 1995, pp. 153-164.
- Cebrián, Juan Luis, «Academias menos aristocráticas y medios de comunicación menos arrogantes», en *La lengua española y los medios de comunicación*, vol. I, 1998, pp. 85-90.
- Cobo Borda, Juan Gustavo, «Entre la concentración empobrecedora y la dispersión fragmentaria», en *La lengua española y los medios de comunicación*, vol. I, 1998, pp. 63-67.
- Demonte, Violeta, «El español estándar (ab)suelto. Algunos ejemplos del texto y la gramática», *II Congreso Internacional de la Lengua Española*, Instituto Cervantes, Madrid, 2001, en [http://cvc.cervantes.es/ofref/congreso/valladolid/ponencias/unidad-diversidad.../demonte\\_v.htm/](http://cvc.cervantes.es/ofref/congreso/valladolid/ponencias/unidad-diversidad.../demonte_v.htm/).
- Fernández, J. A., «La fonología en la televisión española: violencias fonéticas», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, n.º 43 (1989), pp. 236-258.
- Florián López, María Luisa, «El léxico de la televisión», *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina*, Universidad de las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria, 1999, pp. 1.007-1.014.
- Gates, Bill, *Camino hacia el futuro*, McGraw-Hill, Madrid, 1995.
- González, Eddie, *El pobre lenguaje de la televisión*, Maraver, Maracaibo, 1988.
- Grijelmo, Álex, *Defensa apasionada del idioma español*, Taurus, Madrid, 1998.
- Jara, José Rubén, «Las audiencias de televisión en español en América Latina» [sic], en *La lengua española y los medios de comunicación*, 1998, pp. 1.005-1.008.
- Labastida, Jaime, «Introducción: la fiesta de la palabra», en *La lengua española y los medios de comunicación*, vol. I, 1998, pp. 135-140.
- Lodares, Juan Ramón, *El porvenir del español*, Taurus, Madrid, 2005.
- Lope Blanch, Juan Miguel, «Diversidad léxica y uniformidad gramatical. En torno al porvenir de la lengua española», *Revista de Filología Española*, n.º 80 (2000), pp. 201-214.
- López García, Ángel, «La unidad del español: historia y actualidad de un problema», en Gregorio Salvador y Manuel Seco (eds.), *La lengua española, hoy*, Fundación Juan March, Madrid, 1995, pp. 77-87.

- López González, Antonio María, «El lenguaje radiofónico de la ciudad de Almería. Estudio sociolingüístico» (tesis doctoral), Universidad de Almería, Almería, 2001.
- López Morales, Humberto, *La aventura del español en América*, Espasa Calpe, Madrid, 2005.
- , *La globalización del léxico hispano*, Espasa Calpe, Madrid, 2006.
- Lozano, Irene, *Lenguas en guerra*, Espasa Calpe, Madrid, 2005.
- Márquez Rodríguez, Alexis, «Presente y futuro del libro y la lectura», en *La lengua española y los medios de comunicación*, vol. I, 1998, pp. 171-178.
- Microsoft, *Enciclopedia Encarta*, 2001, en <http://www.microsoft.com/latam/encarta/>.
- Millán, José Antonio, *Perdón, imposible. Guía para una puntuación más rica y consciente*, Círculo de Lectores, Madrid, 2005.
- Montanillo Merino, Enrique y María Isabel Riesgo, *Teleperversión de la lengua*, Anthropos Editorial Hombre, Barcelona, 1990.
- Morales, Amparo, *Léxico básico de Puerto Rico*, Academia Puertorriqueña de la Lengua Española, San Juan, 1986.
- Mourelle de Lema, Manuel, «El periodismo como vehículo de penetración de extranjerismos en el léxico común», en *La lengua española y los medios de comunicación*, vol. I, 1998, pp. 491-508.
- Pablos, José Manuel de, «Tecnología, Internet y español, flujo de influencia y dependencia», en *Lengua española y medios de comunicación*, vol. I, 1998, pp. 433-452.
- Parra, Marina, et al., *Difusión internacional del español por radio, televisión y prensa*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1999.
- Peña, Ernesto de la, «El lenguaje de la televisión», en *La política lingüística de México*, 2.ª parte, Comisión para la Defensa del Idioma Español, Secretaría de Educación Pública, México, 1982.
- Petrella, Lila, «El español "neutro" de los doblajes: intenciones y realidades en Hispanoamérica», en *La lengua española y los medios de comunicación*, vol. II, 1998, pp. 977-988.
- Real Academia Española-Asociación de Academias de la Lengua Española, *Diccionario panhispánico de dudas*, Editorial Santillana, Madrid, 2005.
- Rosenblat, Ángel, «El futuro de la lengua», *Revista de Occidente*, n.º 56-57 (1967), pp. 155-191.
- Ruiz Martínez, Ana María, «Evaluación de la riqueza léxica y características del vocabulario en la radio española», *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina*, Universidad de Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria, 1999, pp. 1.265-1.271.
- Salvador, Gregorio, *Un vehículo para la cohesión lingüística: el español hablado en los culebrones*, Caja de Burgos, Aula de Cultura, Burgos, 1995.
- Sarmiento, Sergio, «La responsabilidad de los medios en el uso de la lengua», en *La lengua española y los medios de comunicación*, vol. II, 1998, pp. 1.137-1.141.
- Tejera, María Josefina, «La tercera norma del español de América», en *Lengua, variación y contexto. Estudios dedicados a Humberto López Morales*, vol. II, en Arco Libros, Madrid, 2003, pp. 455-467.
- VV. AA., *La lengua española y los medios de comunicación*, 2 vols., Secretaría de Educación Pública - Siglo XXI Editores - Instituto Cervantes, México y Madrid, 1998.
- Zabludovsky, Jacobo, «La lengua española vía satélite», en *La lengua española y los medios de comunicación*, vol. I, 1998, pp. 33-40. ■

## NOTA

1. Junto a la etiqueta «español neutro» conviven otras menos marcadas: Raúl Ávila (2001) habla de «español internacional», Violeta Demonte (2001), de «supradialecto estándar» y María Josefina Tejera (2003), de «tercera norma del español de América»; todos ellos, representantes de la visión «lingüística» de los hechos.

**Humberto López Morales** es secretario general de la Asociación de Academias de la Lengua Española, en Madrid.